

## LA LITURGIA DE LA SEMANA SANTA

Toda la Cuaresma, iniciada desde el *miércoles de ceniza*, nos va preparando para la celebración anual de la Pascua, fiesta principal de todo el año litúrgico. La Pascua que se celebra durante “50” días y que comienza en el “octavo día” (Domingo), es expresión del triunfo de Cristo y la culminación del eterno *Plan de Dios*. La Pascua que es una vez más *pregusto de vida eterna*, y por eso la celebraremos en el día 8º, más allá de los “siete” de la “primera creación” (cf. *Gén 2, 1-2*), la celebramos con su “octava” durante ocho días, y la celebramos, más aun, 50 días (= 7 x 7 + 1), todo el *Tiempo Pascual* hasta Pentecostés (el día 50). Pero a la plenitud se llega con pequeños logros y a la eternidad gustando del tiempo, usándolo con bien. Por eso, si la Pascua representa la *vida eterna* a ella entramos por el *Triduo Pascual* (de la pasión-muerte, sepultura y Resurrección de Cristo) y nos preparamos con los días de la *Cuaresma*, singularmente, por su intensidad, con los días últimos de la misma, que tradicionalmente llamamos *Semana Santa*. La *Cuaresma* representa pues el *éxodo* (el camino) de esta vida presente. Es la escuela de cómo vivir el tiempo para alcanzar la eternidad. Es un camino-escuela de vida. Eso es lo que quieren representar las antiquísimas *estaciones cuaresmales* con sus procesiones litánicas; eso lo que nos invitan a interiorizar los cortejos procesionales de esos días y eso mismo lo que enseñan los *via crucis* de ese santo tiempo.

La referencia al número “40” marca nuestra vida terrena, le pone límite y le da sentido. Como los 40 días del *diluvio*, como los 40 días de Moisés en el *monte Sinaí* (u Horeb) o sus 40 años por el *desierto* guiando al Pueblo de Dios, como los 40 días de *Elías* y como los 40 días de Nuestro Señor en el desierto. Por eso la Cuaresma se considera prefigurada por los acontecimientos de la antigua alianza e instituida por Jesucristo con su ejemplo. Tiempo para aprender a vivir en la voluntad de Dios, tiempo de purificación y renovación. Es un recomenzar de nuevo desde la experiencia del barro original (polvo de la tierra) para, recreados, esta vez evitar el pecado, no recaer en la tentación, y con Cristo entrar de nuevo en el Paraíso y alcanzar la plenitud que el Padre nos tiene reservada.

El *ayuno*, la *oración* y la *limosna* (ejercicio concreto del amor de caridad), prácticas cuaresmales, son los instrumentos de la vida en el Espíritu, la que con Cristo nos lleva a superar el pecado y la tentación y a vivir en la voluntad del Padre.

### El Viernes de Dolores

El llamado *Viernes de Dolores*, tal y como lo presenta la Liturgia, no es una “fiesta” que nos saca del contexto cada vez más intenso de la Cuaresma y sus ejercicios, sino que, con la Misa y el Oficio del *viernes de la quinta semana de Cuaresma*, nos ofrece una oración colecta alternativa que nos invita a descubrir en la *Virgen María* un modelo y estímulo de seguimiento de Cristo en este vencer al pecado y servir a la santa voluntad divina. Recordar la “espada de dolor” que traspasa el corazón de la Madre, celebrar la Soledad de la “siempre fiel”, en estos momentos en que todos traicionan o abandonan al Maestro, es tomarla por madre y de ella nacer de nuevo por la Penitencia, para con ella

unirnos, al fin, a la voluntad de Jesús, una e inseparable con la del Padre. Procesionar en este día con ella es reencontrar el camino de la vida.

*Oh Dios, que en este tiempo  
otorgas con bondad a tu Iglesia  
imitar devotamente a santa María  
en la contemplación de la pasión de Cristo  
concédenos, por la intercesión de la Virgen,  
adherirnos cada día más firmemente a tu Hijo unigénito  
y llegar finalmente a la plenitud de su gracia.  
Él, que vive y reina contigo.*

## **Domingo de Ramos en la Pasión del Señor. Comienza la Semana Santa**

Todo sugiere que ese Domingo *en la Pasión del Señor* nos ofrece la pervivencia en la liturgia romana de una de las más antiguas celebraciones de la dimensión sacrificial (*kenótica* = de abajamiento) del Misterio Pascual de Cristo. Durante siglos, en ese Domingo, los cristianos de Roma celebraron la *pasión y muerte* del Señor. Al Domingo siguiente, tras la Pascua de los judíos, celebrarían su Resurrección y con ella la Iniciación de los nuevos cristianos. Estamos antes del siglo V, cuando se empieza a extender desde el norte de África la costumbre de celebrar la Eucaristía cotidianamente y no sólo los Domingos o cuando se daba el *natalicio* (muerte, nacimiento a la vida eterna) de algún mártir. Luego, durante la semana siguiente, se solían tener el miércoles y el viernes momentos de oración comunitaria, como a lo largo de toda la Cuaresma, en los que se repetía la liturgia de la palabra del Domingo precedente. Así, de la repetición de las lecturas de este Domingo de Pasión, nace la parte más antigua de la actual celebración de los oficios del *Viernes Santo*. Hoy por hoy, la liturgia romana lee el viernes la Pasión según san Juan, que antiguamente era la que se había leído también el Domingo de Pasión (desde el Vaticano II el Domingo se lee la Pasión, alternativamente según el ciclo que corresponde siguiendo a uno de los sinópticos: Mateo, Marcos o Lucas).

De la más remota antigüedad cristiana viene también que los catecúmenos (candidatos a la Iniciación) observasen previamente a su Iniciación en la noche santa de Pascua tres días de ayuno en los que pronto fueron acompañados por toda la comunidad recordando los tres días de sepultura de Cristo (una parte del viernes, el sábado y una parte del Domingo). De aquí la costumbre que aun conservan algunos cristianos de ayunar desde el final de la Eucaristía de la *Cena del Señor* hasta la comunión de la Misa pascual de la solemne *Vigilia de Pascua*. Más general y también dependiendo de este antiguo ayuno de tres días, es la ley del ayuno del *Viernes Santo* o la tradición de celebrar la Pascua con el *Sagrado Triduo Pascual* de la Pasión/muerte, sepultura y Resurrección de Cristo (viernes, sábado y Domingo).

El Domingo de Pasión o en la Pasión es el último Domingo de Cuaresma. Su liturgia es sobria y contundente, muestra crudamente las consecuencias del pecado, pero también se abre a una gran esperanza: que en él se muestra claramente el amor de Dios, manifestado en Cristo, que es más fuerte que todo el pecado.

*Padre todopoderoso y eterno  
que para ofrecer a los hombres un ejemplo de humildad,  
quisiste que nuestro Salvador se hiciera hombre y muriera en la cruz;  
te pedimos la gracia de guardar las enseñanzas de su pasión  
para que podamos participar de su resurrección.  
Por J.N.S.*

El siglo V trajo también, poco a poco, otra novedad a la liturgia de este Domingo que da inicio a la Semana Santa. Nos referimos a la estación, bendición y procesión con las palmas y ramos que hoy precede a la Misa. Su celebración comenzó en la Jerusalén reconstruida y gradualmente cristianizada desde el siglo IV. Los testimonios de lo que allí hacían los cristianos fueron recogidos por una peregrina consagrada procedente de Galicia, la llamada *Egeria* (o *Etheria*). La ciudad de Jerusalén en su liturgia unía a la lectura de los textos evangélicos que narran los acontecimientos pascales la celebración de los mismos en los lugares donde se pensaba sucedieron. Así se añadía una fuerte carga dramática a las celebraciones como verdaderos *memoriales* de lo ocurrido. Los testimonios del diario de viaje de esta peregrina hicieron furor en Occidente y remodelaron estas celebraciones en un momento clave de codificación y fijación de las liturgias occidentales.

De esta manera nace lo que hoy llamamos *Domingo de Ramos en la Pasión del Señor*. La comunidad se reúne fuera del aula de la celebración habitual (en un atrio, en la calle o en otra iglesia) y allí se lee el evangelio de la *entrada triunfal de Jesús en Jerusalén*. E imitando lo narrado en el texto, tras bendecir ramos y palmas, se va hacia el lugar de la celebración entre cantos y alabanzas al Redentor. Una procesión litúrgica, más o menos larga, pero que nos recuerda e invita a compartir la ofrenda que Cristo hace de su vida humana, para poder con él, no sólo entrar hoy en la Jerusalén de la tierra, sino para siempre en la del Cielo.

## **Lunes Santo**

Trata el Misal renovado tras el Vaticano II de presentar en estos primeros días de la semana mayor acontecimientos que según los evangelios se dieron en las jornadas que precedieron al prendimiento de Cristo en Getsemaní. La atención se pone en la selección de las perícopas o fragmentos de evangelio que se van a leer. Se trata de situarnos ante la predicación y gestos de Jesús en esos días entre su llegada mesiánica a Jerusalén y su última cena pascual. Días de intensa predicación y de idas y venidas diarias a Betania, donde solía pernoctar.

El *lunes santo* se nos presenta la escena de *la unción de Betania*. En el contexto de esos días, como bien señala Jesús, esta unción es un acto que anuncia la entrega redentora de Jesús a la muerte. La unción va a preparar su cuerpo para la sepultura. Lo exagerado del valor material del unguento habla de la grandeza del amor de Dios que se va a expresar en la Cruz.

El perfume que inunda la habitación es presagio de un amor sin medida, a favor de enemigos, traidores y amigos desconcertados. Se nos invita a considerar el precio pagado por nosotros, el precio de la pasión y la cruz.

## Martes Santo

Como adelantando los hechos la liturgia de ese día nos sienta ya a la mesa de *la cena del Señor*. Pero de la cena hoy se destaca el fondo sombrío que ponemos los seres humanos con nuestros pecados. No estamos nunca a la altura del amor de Dios. En la cena Nuestro Señor recuerda que uno de ellos le va a traicionar y entregar, uno de sus íntimos. Pero ¿y el resto? El resto le vamos a abandonar y dejar solo. Hasta las apasionadas declaraciones de fidelidad del impetuoso Pedro chocan con la realidad que Jesús conoce: Pedro va a renegar tres veces consecutivas de él antes de que el gallo cante. Ante el amor de Dios manifestado en Cristo, que tanto ha deseado comer esta Pascua con nosotros, está la respuesta de nuestra inconstancia e infidelidad.

Pero sigue vigente la respuesta de Dios: más amor. Un amor que nos ofrecerá la oportunidad de corregir, de asociarnos al amor de Cristo, a su obediencia, a su pasión, para no volver a abandonarlo. Dirá la oración colecta al inicio de la Misa de este martes:

*Dios todopoderoso y eterno,  
concédenos participar de tal modo  
en las celebraciones de la pasión del Señor,  
que merezcamos tu perdón.  
Por J.N.S.*

En muchos lugares este es el día en que se adelanta la celebración de la llamada *Misa Crismal*; es una novedad de la reforma litúrgica del Vaticano II querida por el papa san Pablo VI para la mañana del *Jueves Santo*, pero con la posibilidad de anticiparse en algunos días para favorecer una mayor participación en la misma. Va a ser la celebración que sirve para *bendecir y consagrar los aceites* (óleos) *que se emplearan para administrar diversos sacramentos* (bautismo, confirmación, unción y orden) y *sacramentales* (dedicación de iglesias y altares), un preguiso de la Pascua. Pero va a ser en primer lugar, inserta en un contexto de “pueblo sacerdotal” (pueblo de ungidos), la *fiesta del sacerdocio ministerial* instituido en la Cena del Señor (“haced esto en conmemoración mía”). En esta Misa el Obispo recibe de su clero la *renovación de las promesas sacerdotales*. En los años 60/70, en plena crisis de la identidad del sacerdocio ministerial católico, el Papa quería una celebración para sostener y potenciar esta identidad desde su fundamento básico e impulsar en todos los presbíteros la fidelidad y santidad. Y todo esto en unión con el obispo y al servicio de todo un pueblo de bautizados, un pueblo sacerdotal, destinado todo él a la misión. Un pueblo que consciente de la comunión con sus pastores, de la necesidad de tenerlos en número y santidad, reza con ellos y por ellos.

Pero esta es una celebración catedralicia y única. Surge la iniciativa en estos mismos años de introducir en algunos calendarios propios la fiesta de *Jesucristo Sumo Sacerdote* para tener con esta misma motivación una celebración que se tenga en todas las iglesias. Años más tarde y puesto que la fiesta, aunque celebrada en muchas diócesis y congregaciones no llegó a entrar en el Calendario Universal, san Juan Pablo II promovió la celebración, ante la multiplicación de escándalos en la vida de sacerdotes, de una *Jornada mundial de oración por la santificación de los sacerdotes*, que se asocia a la solemnidad del Sagrado Corazón o, donde se tenga, a esta de Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote.

Tras la liturgia, el saboreo de su gracia puede ser ayudado por las prácticas de piedad: como el rezo del *via crucis*; un momento fuerte para seguir celebrando la Pasión del Señor y para seguir pidiendo “muchos y santos sacerdotes”, para seguir pidiendo una Iglesia toda ella misionera.

## Miércoles Santo

La liturgia de este día nos recuerda las instrucciones dadas por Jesús a los suyos de cara a preparar la última cena pascual que celebrarían con ellos antes de padecer su Pasión. El modo con el cual los evangelios nos narran las instrucciones del Maestro es curioso. Todo se presenta como si Jesús lo tuviese todo ya planificado, pero hay algo que se sale de una mera previsión humana. Él ya sabe lo que van a encontrar y lo que tienen que decir, pero no tanto porque ya pasó previamente por allí para apalabrarlo todo, sino porque todo eso que va a suceder en la *Última Cena* Cristo lo ha leído en el corazón del Padre durante su oración. Todo eso entra en un proyecto más grande que da cumplimiento en Jesucristo a cuanto Dios anunció en la Ley, los Salmos y Profetas.

La Cena, lo que en ella hará Jesús instituyendo la Eucaristía y el Ministerio ordenado, la incompreensión de los suyos e incluso la traición de Judas, todo se ha de cumplir para que se realice lo anunciado y así los hombres, singularmente los judíos, creamos.

Este miércoles es también para nosotros cristianos un día de preparación, con una invitación a la preparación interior, son días para acercarse al *sacramento de la Penitencia* y hacer una confesión particularmente bien preparada y vivida. Son días para contemplar el amor de Dios que nos impele a amar y convertir nuestra vida hacia la Vida:

*Oh Dios, que para librarnos  
del poder del enemigo,  
quisiste que tu Hijo soportase por nosotros  
el suplicio de la cruz,  
concede a tus siervos  
alcanzar la gracia de la resurrección.  
Por J.N.S.*

Es con estas actitudes que las celebraciones litúrgicas quieren imprimir en nosotros como hemos de vivir las manifestaciones de piedad que salen a nuestras calles. En las imágenes de Cristo paciente, en sus heridas y caídas, hemos de saber ver un amor que nos llama al amor, que nos mueve a la contrición.

## Jueves Santo

La anticipación que se dio durante siglos de la celebración pascual de la Vigilia a la mañana de *Sábado Santo* provocó un equívoco aun presente en muchos cristianos, pensar que el Triduo Pascual se celebra en los días del jueves, viernes y sábado de la Semana Santa. Pero la realidad no es así. El jueves no forma litúrgicamente parte del Triduo, aunque si lo hace la Misa de la *Cena del Señor* que celebramos el jueves, pero a

la hora de vísperas, es decir, como una celebración que nos introduce ya en el día siguiente.

En la tradición más antigua la mañana del jueves se dedicó a realizar los últimos preparativos a la Iniciación Cristiana de los catecúmenos que recibirían en la Noche Santa de Pascua los sacramentos del Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía. Se bendecían los óleos (como hacemos nosotros en la Misa Crismal) y se realizaba la unción y el último y más solemne de los exorcismos pre-bautismales. En esta época antigua no se celebraba la Eucaristía más que en el Domingo.

Pronto a estas celebraciones catecumenales de la mañana del jueves se añade el rito solemne de la *Reconciliación de los penitentes*, siempre como preparación de la Pascua, así los ya reconciliados podrían volver a comulgar en la noche santa de Pascua. Este rito penitencial terminaría ganando cada vez más fuerza en la mañana del jueves hasta superar en importancia a los antiguos ritos propios del catecumenado. Con el correr del tiempo y la introducción de las Misas entre semana, la mañana del jueves vio nacer una Misa (de la entrega del Señor, centrada en el misterio de la traición de Judas), pero la transformación más notable de la liturgia del *Jueves Santo* llegó como la del Domingo en la Pasión desde Jerusalén. Allí, en la tarde del jueves, se celebraba una Misa en el Cenáculo en conmemoración de la cena del Señor.

La mañana del jueves en la liturgia de Roma es para celebrar la Misa Crismal en las Catedrales. Las demás comunidades se preparan para iniciar el Triduo Pascual con la *Misa de la Cena del Señor* en la tarde.

## **La celebración vespertina de la Cena del Señor**

En este día nuestras iglesias se reestrenan. Casi como en el día de su dedicación se ha de llegar a la celebración vespertina con el Sagrario vacío y con un lugar, a ser posible diferenciado del aula eucarística, donde al terminar la Misa se realizará la Reserva solemne del Sacramento. Tras esta reserva, discreta y piadosamente se despojarán el altar y la iglesia, salvo la Capilla de la Reserva. El altar queda desnudo, se retiran cruz y ciriales, manteles y flores.

La Misa de la Cena del Señor reactualiza la última cena de Jesús, la institución de la Eucaristía y del Orden Sacerdotal, así como el gesto oblativo de lavar los pies a sus discípulos. Lecturas de la Palabra de Dios y oraciones de la Misa nos irán haciendo vivir y penetrar espiritualmente la hondura de estos acontecimientos.

Cobra singular importancia en este día un mandato de Cristo a su Iglesia: *haced esto en conmemoración mía*. Ahora percibimos la peculiar eficacia de la Palabra. No podemos cumplir este imperativo del Maestro sólo con un “rito”, tenemos que “celebrar sacramento”, es decir en el rito o mediante el rito, con la Eucaristía y a través del sacerdocio ministerial, hemos de participar en una acción que es de Cristo y tiene que ser también nuestra, la acción de dar la vida en rescate por muchos, ahora y ya para siempre. Vivir dando la vida. No nos extrañe que esta celebración reúna Eucaristía, Orden y Caridad, sacramentos y vida nueva. Por ello, pese a que aun estamos en la primera fase del Triduo, marcada por la pasión y muerte del Señor, la Eucaristía y la Caridad nos obligan a ver el sacrificio de la Cruz en la luz del gozo pascual y en esta Misa cantamos “Gloria” y hacemos sonar las campanas, signos estos que se apagarán

hasta reencontrarlos con plenitud en la Eucaristía de la Vigilia Pascual. Por eso esta Misa de la Cena “no termina”, ni se bendice, ni se despide a los fieles, vamos a deponer el santísimo y permanecemos en oración como Jesús y los apóstoles en Getsemaní, hasta que a media noche nos arrebatan al Esposo (prendimiento); entonces cesan las Horas santas y oraciones comunitarias ante la Reserva, se apagan las luces (quedan dos o una, al menos, junto al llamado monumento) y se retiran los adornos más festivos. Entramos en luto y ayuno porque por nuestros pecados nos han arrebatado a Cristo.

La piedad litúrgica nos impone aquí una “ausencia de eucaristía” para que comprendamos cómo el pecado nos aleja del Señor y de la Casa Paterna.

## Viernes Santo

La celebración anticipada en la mañana del sábado de la Vigilia Pascual tuvo muchas consecuencias que aún padecemos y que con prudencia e instrucción hemos de ir superando. El sábado, día de la *sepultura del Señor* se perdía con ese adelanto de acontecimientos. Por eso en el viernes se acumulaban elementos y ya casi antes de celebrar la muerte del Señor (oficios del viernes) ya se estaba velando su sepultura. Y se hizo de la Reserva eucarística del jueves en la noche el “Monumento” (el sepulcro) donde se pasaba la noche del jueves y el viernes y las primeras horas del sábado llorando al Señor en su sepultura custodiada por los soldados romanos. Mientras la liturgia seguía de Getsemaní a la Pasión y de allí a la Cruz, hasta reencontrarse con la piedad popular que esperaba en el sepulcro.

Con la liturgia hemos de recuperar el itinerario espiritual de estos días santos. La Reserva o Monumento nos lleva tras la Cena al Huerto de la agonía y la oración de Getsemaní (hora santa), que termina aproximadamente a media noche (hora del Prendimiento). El Oficio de Lectura, Laudes y las horas de Tercia, Sexta y Nona nos harán recorrer en esa noche y mañana la Pasión del Señor hasta su muerte a la hora de Nona. Son horas de “via crucis” en que mediante este santo ejercicio o mediante las procesiones hemos de contemplar, como eco de la liturgia de las Horas, la Pasión del Señor.

Al inicio de la tarde (en torno a la hora nona, las cinco) la Iglesia retoma desde tiempos muy antiguos la Liturgia de la Palabra que contempla la Pasión y muerte del Señor hasta su sepultura. Se hizo en un principio repitiendo tal cual la liturgia de la Palabra de la Misa del Domingo en la Pasión. Este es día de ausencia del Esposo, de ayuno, día en que no se celebra la Misa, durante siglos sólo comulgaban los que tenían que recibir ese día el Viático. No hay en la iglesia ni siquiera un signo visible de la reserva eucarística (al menos desde el medio día; deshecho el monumento la Eucaristía se guarda respetuosamente fuera de la vista y compañía de los files).

Los oficios se inician en silencio con una postración penitencial. No se saluda el altar desnudo y con una oración se da paso a las lecturas que culminan con la lectura de la entera Pasión según san Juan. La lectura nos ha llevado hasta la *muerte del Señor*, nos arrodillamos en silencio adorante y, terminada la lectura de la Pasión, el *evangelario* se cierra como el sepulcro hasta la proclamación del evangelio en la Vigilia Pascual. Tras una breve homilía la Iglesia pone al crucificado como mediador ante el Padre a favor de toda la humanidad. Se hace la oración universal (o de los fieles) más solemne del año.

Como ya hemos visto en varias ocasiones tras el siglo V se difunden por toda la Iglesia una serie de usos litúrgicos de Jerusalén. Así entra en la celebración del Viernes Santo la *Adoración de la Cruz*. Si las cruces se velaron en el final de la Cuaresma en este momento se presenta velada a los fieles y se va “revelando” gradualmente su misterio, el de toda Cruz redimida por la de Cristo. Y se pasa a venerar la cruz con los signos y cantos previstos para esta celebración. Si no se velaron las cruces es más congruente introducir con tres estaciones la cruz sin velo ante la asamblea con el rito previsto, inspirado en la entrada y presentación solemne del Cirio iluminado en la Vigilia Pascual. Tras lo cual se adora igualmente la Cruz. Se trata de reconocer en la fe cómo la cruz de Cristo transfigura la cruz de los hombres, consecuencia de sus pecados. La asume y la redime, la hace camino de triunfo y llenos de fe y santa esperanza, la veneramos agradecidos.

La reforma del Vaticano II prevé también la posibilidad de asociar nuestra vida y sus cruces al Sacrificio de Cristo comulgando este día de la Eucaristía consagrada el día anterior. Por ello, tras la veneración de la Cruz, se trae el Santísimo, se cubre con un mantel y corporales el altar y se realizan los ritos de la comunión eucarística, para volver a ocultar la Eucaristía a los fieles (salvo Viático) hasta la Misa de la Vigilia Pascual.

La Cruz queda entronizada sobre la “roca” del altar desnudo (o junto a él). A ella orientaremos nuestra oración y ofreceremos nuestros signos de adoración (genuflexiones) hasta la Vigilia Pascual. Nuestra atención se centra en la *muerte y sepultura del Señor*. La piedad popular acompaña en silencio el *santo entierro* y contempla la soledad de María.

## **Sábado Santo**

Este sábado no se celebra la Eucaristía ni los sacramentos. La Liturgia de las Horas contempla la *sepultura de Cristo y su descenso a los infiernos*. Viendo cerrado este día el libro de los evangelios, el silencio nos envuelve y pueden acecharnos las dudas. Nos conviene recordar que Cristo predijo su pasión y muerte tres veces y tres veces anunció su resurrección, pero es tan fácil olvidar... Olvidar cuando él parece callado e inactivo. Pero si se hizo hombre fue para asumir también nuestro paso por la muerte. Hoy Cristo está con los muertos, a ellos evangeliza su alma, mientras nosotros sólo vemos un cadáver silencioso. Cristo hoy con su alma rescata las almas de los justos que murieron esperándole y se los arrebató al demonio que ve su poder cercenado.

Nos conviene recordar las palabras de Cristo ante la muerte en la casa de Jairo, llena de llantos y gemidos de desesperanza, por la muerte prematura de su pequeña: “no ha muerto, sino que está *dormida*” (*Lc 8, 49-53*), y la gente hizo muecas de burla no creyendo en aquella palabra de Cristo. Como hicieron burlas al ver cómo moría en la cruz. El sábado santo reproduce muy bien nuestro mundo contemporáneo. La cultura dominante donde impera el “silencio de Dios”, más bien los oídos sordos a Dios. Y puede venir el desánimo o la duda a los creyentes. Pero la inactividad de Dios es solo aparente, como cuando dormía en la barca de los discípulos agitada por las olas (cf. *Lc 8, 22-25*). También Él nos dice hoy, “¿qué fe tenéis?”.



Los que carecen de fe, para los muertos hacen “ciudades de muertos” (necrópolis), para que sigan muertos. Los cristianos tenemos para los que murieron “cementorios” (dormitorios) y esperamos la mañana en que todos se levantarán (anástasis = resurrección = levantarse). Así este día de sábado es para esperar en la fe.

## Los que esperan, vigilan; la noche santa de Pascua

Nada más terminar el día, con la puesta del sol del sábado, los cristianos, desde época apostólica, se reunían para comenzar a celebrar el Domingo (día del Señor), como nos lo recuerdan las *primeras vísperas* de la Liturgia de las Horas. Y en este Domingo de los domingos, la noche entera se pasaba en espera, en Vigilia. Una larga celebración de lecturas, cantos y oraciones que sintetizaba en una noche toda la Historia de la Salvación. Así cuando comenzaba a clarear el cielo del día de Pascua se culminaba la noche con la solemne Eucaristía y la celebración, dentro de ella, de la Iniciación Cristiana. Aun hoy la *Vigilia Pascual* es considerada la más grande e importante celebración de todo el año litúrgico. Conviene no mermar el número de las lecturas vigiliares (aunque esté permitido reducirlas en número hasta un mínimo de tres). Y hay que poner énfasis en leerlas bien y pausadamente, observando silencios y cantando los salmos y cánticos que se presentan entre ellas a la par que se pronuncian claramente las oraciones que las siguen y van haciendo su exégesis litúrgica y su encuadramiento en el conjunto de la celebración de esta noche.

La bendición del fuego y del *Cirio Pascual*, como el *lucernario* en su conjunto con que se abre la Vigilia, es algo posterior y se configuró como hoy lo conocemos en el siglo V. Asocia la celebración de la Pascua a la creación y a la Parusía. Sirve, con la “alabanza del Cirio” (Pregón Pascual) de obertura a toda la noche santa. Hace que la espera se viva a la luz del cumplimiento. El Cirio entronizado junto al ambón de las lecturas (aunque se puede colocar junto al altar) ofrece la luz de la Resurrección anticipadamente, para poder leer con ella todas las lecturas, toda la historia, y descubrir así su interpretación y unidad. Tras la Vigilia de Lecturas, encendiendo las velas del altar y cantando el Gloria al repique jubiloso de las campanas, se inicia la Misa de la Vigilia. Tras la oración colecta y la lectura de la epístola, se hace memorial de la resurrección.

La celebración de la Eucaristía, que no hemos tenido desde la noche del jueves, es el memorial propiamente de su Pascua, de su pasión, muerte y resurrección. Pero la Eucaristía de la Vigilia, en esta noche, lo celebra con *signos particularmente elocuentes*.

El primero está en el orden de la Palabra que narra y anuncia los acontecimientos salvíficos. Esta noche la *proclamación del Evangelio* reviste una solemnidad especial. Los Diáconos se acercan al Obispo o Celebrante Principal y como los *ángeles* anuncian la Resurrección junto al sepulcro vacío al anunciar, tras cuarenta días sin él, el canto del *aleluya*. Un aleluya tradicionalmente cantado *tres veces* cada vez con más intensidad, como saliendo del sepulcro vacío y llenando toda la iglesia y hasta toda la tierra. Luego el *evangelario*, cerrado desde el final del relato de la pasión del viernes se vuelve a abrir, como el sepulcro de Cristo vio correrse la piedra que lo sellaba. Y se proclama el *evangelio de la resurrección y del sepulcro vacío*. En la liturgia mozárabe se enfatizaba este “evangelio pascual” haciéndoselo leer al mismo Obispo.

Luego, tras la Palabra, el memorial se cumple en el Sacramento. Tras la liturgia de la Palabra sigue la liturgia sacramental de la *Iniciación Cristiana* o su renovación, los sacramentos del Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía (al menos la renovación de las promesas bautismales y la Eucaristía, con la comunión pascual).

Así la celebración Vigiliar en la noche del sábado al Domingo es la principal y más propia celebración del Domingo de Pascua de Resurrección. La culminación del Triduo Pascual y el centro de todo el año litúrgico. Toda la liturgia que celebramos a lo largo del Domingo hasta las segundas vísperas será un eco y consecuencia de esta celebración, como lo serán también la octava y la cincuentena pascuales o cada Domingo del año. Una fiesta tal no podría quedar fuera del saboreo de la piedad popular. Así, tras la Vigilia, es normal celebrar con un peculiar gozo y solemnidad las procesiones del Resucitado o las llamadas del Encuentro (aparición del Resucitado a su Madre).

## **Domingo de la Pascua de Resurrección**

Como ya venimos diciendo el Domingo comenzó a celebrarse con sus *primeras vísperas* y ha tenido su celebración mayor y más específica en la gran *Vigilia Pascual*. Durante siglos no hubo más Misa de este día que la de la Vigilia, no era día para fraccionar la Iglesia con multiplicación de celebraciones. Pero nuevamente la anticipación de la Vigilia a la mañana del sábado rompió la tradición y obligó a crear un doblete de la Misa Pascual de la Vigilia para la mañana del Domingo, naciendo así la Misa del “día” de Resurrección. Esta celebración ha quedado como una alternativa simplificada para los que no pudieron participar en la Vigilia nocturna. No obstante, es una celebración Dominical solemne; mas no conviene que entre en competencia con la Vigilia Pascual.

En la antigüedad esta Misa matinal no existía. Los cristianos descansaban, si podían, durante el día y solo volvían a reunirse acompañando a los *neófitos* (Iniciados en la Vigilia) en su acción de gracias con el solemne canto de las *Vísperas Bautismales* (II Vísperas del Domingo de Pascua de Resurrección). La recuperación de la Vigilia Pascual desde tiempos de Pío XII parece aconsejar poner el acento en la participación en la Vigilia y en estas Vísperas más que en la Misa matinal.

Tal vez pastoralmente, y por no privar de Eucaristía a los que no pudieron asistir a la Vigilia, se podría en algunos casos, ofrecer una Misa con vísperas incorporadas en la tarde del Domingo, como colofón de la celebración de este día santísimo, mas que multiplicar celebraciones eucarísticas en la mañana de este día de Pascua.

***Juan-Miguel FERRER GREDESCHE***

Deán de la Catedral de Toledo